

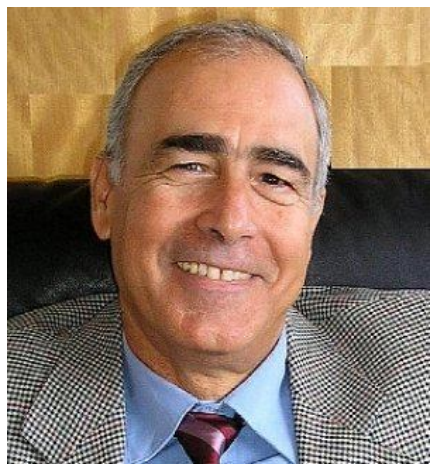
CONCIERTO PARA UNA VIOLINISTA MUERTA

Antonio Álvarez Gil

Novela

Editorial El barco ebrio, España, 2012

ANTONIO ÁLVAREZ GIL



(Cuba, 1947) Ha publicado *Una muchacha en el andén* (Ediciones Unión, La Habana, 1986), *Unos y otros* (Ediciones Unión, La Habana, 1990), *Del tiempo y las cosas* (Ediciones Unión, La Habana, 1993), *Fin del capítulo ruso* (Ediciones Vintén, Montevideo, Uruguay, 1998), *Las largas horas de la noche* (Editorial Universidad de San José, Costa Rica, 2000; Editorial Plaza Mayor, Puerto Rico, 2003), *Nafragios* (Algaida Editores, Sevilla, 2002), *Delirio nórdico* (Algaida Editores, Sevilla, 2004), *Nunca es tarde* (Fundación José Manuel Lara, Sevilla, 2005), *La otra Cuba* (Centro Cultural Generación del 27, Málaga, 2005). *Después de Cuba* (Baile del Sol, España), *Perdido en Buenos Aires* (2010), con la que obtuvo el Premio Internacional "Mario Vargas Llosa", de la Universidad de Murcia en el 2009 y *Callejones de Arbat* (Editorial Terranova, Puerto Rico, 2012)

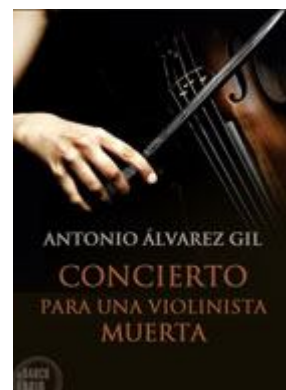
Entre sus premios destacan el Premio de novela Ciudad de Badajoz (España) y el Premio de novela del Ateneo Ciudad de Valladolid (España).

Cuentos y artículos suyos han aparecido en publicaciones de varios países. Es miembro de la Asociación de Escritores de Suecia. Desde 1994 reside en Estocolmo.

CONCIERTO PARA UNA VIOLINISTA MUERTA

(Fragmento)

Me llamo Felipe Valdespino y fui durante varios años el primer violín de la Orquesta Sinfónica Nacional de Cuba. La historia que voy a contar bien podría tener su inicio en la velada de inauguración del Festival de Música de La Habana del año 2000, en el Auditorium Amadeo Roldán, de la ciudad. Más tarde supe que, en realidad, había comenzado mucho antes, sólo que yo entonces no podía imaginármelo. Ahora que la refiero, me parece verlo todo desde otra perspectiva. Me recuerdo a mí mismo vestido de negro, un tanto nervioso, preparado para ejecutar por primera vez en mi vida el solo del tercer movimiento del *Concierto para violín*, del inmortal Tchaikovsky. Aún me parece ver al público en la oscuridad del patio de butacas, expectante y listo para juzgar, para apreciar o censurar, según su parecer; y recuerdo, cómo no, a mis compañeros en sus puestos, y al director con su batuta



en el centro del escenario, dándome la entrada. Entonces ocurrió el milagro: blandí el arco sobre las cuerdas y el instrumento dejó escapar un larguísimo y prolongado lamento de ser vivo. Inmediatamente, un murmullo sordo, de aprobación, corrió entre los espectadores, que conocían los entresijos de aquel solo y las dificultades de su ejecución. Debo decirlo sin falsa modestia ni reparos: fue un momento mágico, de ésos que no suelen repetirse demasiado en la vida. Nadie que no lo haya vivido puede imaginarlo; pero quien ha tenido la oportunidad de disfrutarlo, jamás lo olvidará.

Mientras la sala se estremecía, yo acariciaba las cuerdas del violín. Tocaba y seguía tocando, olvidado de todo, concentrado y feliz, iluminado por el reflector y presintiendo en la sombra los rostros de cientos de personas que disfrutaban con mi solo. De improviso, sin dejar de blandir el arco sobre las cuerdas, me giré hacia el público y realicé varios movimientos rápidos con mi brazo derecho. Como si respondiera a ellos, el halo de luz jugueteó sobre la superficie del instrumento. Vibrante de emoción, la sala de lunetas estalló en aplausos. En las primeras filas, sin embargo, un rostro descollaba, llamando mi atención. Era una mujer, una desconocida cuyos rasgos resultaban visibles gracias al reflejo de las candilejas. Se veía que le encantaba mi interpretación. Me pareció que sus ojos me miraban con insistencia, de un modo particular. Tuve miedo de que esto me sacase de mi concentración y fijé la vista en la zona oscura de la sala. Y enseguida me escapé hacia los registros finales del *Concierto*. Fue una fuga inútil, porque el rostro de la desconocida parecía haberse implantado en mi retina. Por fin, incapaz de evitarlo, regresé a la mujer y le dediqué los últimos acordes de mi solo. Al final, la extraña fue de las primeras en ponerse en pie y comenzar a batir palmas. Una vez terminada la función, sin haber podido olvidarme de ella, la busqué en vano con la vista entre el público que se retiraba. Más tarde, tras las bambalinas, casi no me sorprendí al verla aparecer. La desconocida se acercó hasta mí con una sonrisa nerviosa y, estrechando mi mano, me felicitó con un leve beso en la mejilla.

-Me ha gustado mucho su interpretación –dijo con un acento cantarín en la voz. Yo la observé con cierto recelo. Su rostro me resultaba vagamente familiar, aunque estaba seguro de no haberla visto antes. ¿Será cubana?, pensé. No lo parecía, pero tampoco podía decirse que fuera española, al menos por su acento. De dondequiera que haya salido, me dije finalmente, tiene personalidad.

-¿Usted también es música? –indagué, presintiendo de repente que hablaba con una colega.

-Quise serlo en otro tiempo –respondió ella, con un dejo de tristeza-. Violinista, por cierto.

-El miércoles toco de nuevo –dije, dudando si continuar con el tratamiento de “usted” o pasar ya al de “tú”. Por fin, me decidí por éste último y pregunté:- ¿Vendrás?

La extraña me mostró una sonrisa amable, pero dejó la pregunta sin respuesta. Yo me sentí atrapado en la corriente de simpatía que me inspiraba la desconocida. Era un fluido suave y agradable que, sin embargo, me extraviaba un tanto. Me habría quedado conversando allí con ella hasta la mañana siguiente. Y estaba a punto de proponerle que me esperase para salir juntos, cuando la mujer metió la mano en su cartera y sacó un sobre que me extendió en un gesto rápido. Luego

pronunció una frase de despedida y, con otro apresurado beso en la mejilla, me dejó sumido en la perplejidad más absoluta.

Momentáneamente solo, entreabrí el sobre. Lo primero que saltó a mi vista fue un billete norteamericano de banco. Vi la cifra 1000 en una esquina y dejé escapar un apagado grito de "¡cojones!", que me salió del alma. Sin atreverme a creerlo ni a sacar el billete para verlo mejor, decidí cerrar el sobre y guardármelo en el bolsillo; pero entonces reparé en que dentro había también una hoja de papel blanco con un breve mensaje escrito a mano: *Te he añorado tanto, que ahora que te encuentro temo escucharte de nuevo.* Más abajo, trazada con letra diminuta, podía leerse la frase: *mira en el estuche.* La extraña misiva finalizaba con algo que parecía ser la firma y la dirección de la mujer, una dirección tan rara que ni remotamente me sonaba conocida. ¿Qué carajo era aquello? Una broma pesada, seguro, me respondí a mí mismo, en el colmo de mi desconcierto. ¿Una broma de mil dólares? Pues sí, ¿por qué no?, ¿acaso no podía ser? No seas comemierda, Felipe, se burló mi otro yo, ¿cuándo tú has visto eso? Nunca, efectivamente. Por otra parte, ¿quién en su sano juicio era capaz de regalarle a nadie un billete de mil dólares sólo porque le gustara cómo tocaba el violín? Sacudí la cabeza. El sobre me quemaba las manos y, buscando calmarme, me apresuré en guardarlo en uno de los bolsillos. Entonces me dije que bien podía tratarse de alguna extranjera rica, una excéntrica, por supuesto; una amante de la música que había venido al Festival y no sabía qué hacer con su dinero. En ese momento alguien me tomó del brazo, sacudiéndome fuerte. Era Lorenzo, el pianista.

-Oye, socio, ¿qué pasa?

-Nada –respondí, todavía ausente.

-¿Estás bien?

-Sí, claro –dije, ya de nuevo en el mundo real, en La Habana del año 2000, en el Auditorium. A mi alrededor todo seguía igual, las bambalinas, los pasillos, la gente que iba y venía, luces que se apagaban, voces, gritos. La vida de siempre.

Enseguida se acercó Rodríguez, el productor, y nos anunció que varios músicos de la orquesta habían decidido celebrar la inauguración en algún lugar "interesante" de La Habana y querían saber si nos uniríamos al grupo. Lorenzo expresó su entusiasmo por la idea, pero yo me excusé con el argumento de que mi madre estaba enferma y había quedado con ella en pasar por la farmacia para comprarle la medicina que necesitaba. Era una verdad a medias, pues si bien era cierto que por aquellos días mamá padecía un fuerte ataque de migraña, ello no le impedía llegar a la farmacia del barrio y comprar lo que necesitara para aliviar el malestar. En la calle mis compañeros insistieron en llevarme para la fiesta; pero yo me mantuve firme, les deseé a todos una alegre noche y, fingiendo que me dirigía a la farmacia, me marché directamente a casa.

Llegué a eso de las diez, pero mi madre ya dormía. Como solía hacer siempre que andaba con jaqueca, se tomaba un somnífero y se iba a la cama con la esperanza de que al día siguiente se levantaría mejor. Yo no tenía sueño. Me sentía tan alterado que no valía la pena acostarme a dormir. Al menos de inmediato. De manera que me despojé de la camisa y, dejándola sobre uno de los butacones de la sala, me arrellané en el otro. Luego metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué de nuevo el sobre. Lo abrí y examiné una vez más el billete de banco. Parecía real, pensé; pero al instante me corregí a mí mismo, pasmado de mi inocencia. ¿Por qué

me parecía real? ¿Acaso, de no ser así, se habría diferenciado de un billete auténtico? Podía ser lo mismo una cosa que otra, e incluso la contraria. ¿En qué se diferenciaban? ¿Quién podía decirlo? ¿Quién carajo sabía? Y, sobre todo, ¿quién demonios era yo para decir nada al respecto? A los ojos de un profano, cualquier billete falso puede parecer real, si no se trata de una imitación muy burda. Y ya se sabe que quien fabrica uno de aquellos grandes, sabrá seguramente hacerlo bien. En fin, que era imposible asegurar nada al respecto. Entonces traté de olvidarme del dinero y volví a leer el enigmático mensaje de la desconocida, en esta ocasión con más detenimiento:

Te he añorado tanto, que ahora que te encuentro temo escucharte de nuevo

Mira en el estuche

C. de Colón

Fray Jacinto oeste, final

Ribadella

C. de Colón, me repetí en la mente. Ése era, sin duda, el nombre de la mujer. El apellido, más bien, porque de su nombre de pila había escrito sólo la C inicial. ¿Se llamaría Carmen, Carmen de Colón? Carmen, Caridad, Carolina, Carla, ¿quién podría saberlo? Fray Jacinto oeste era una calle, una calle que yo debía recorrer hasta el final; eso estaba claro. ¿Y el estuche? ¿De qué estuche hablaba? No comprendía nada. Si me quería comunicar algo, ¿por qué no hablaba claro? ¿Por qué no llamaba las cosas por su nombre completo? ¿Ribadella?. Sí, vivía en Ribadella. Pero ¿sería ése un pueblo de Cuba? Seguro; si no, ¿qué sentido tendría? Un pueblo llamado Ribadella. ¿Dónde quedaría? No me sonaba. Era demasiado; me volvería loco. Sin saber cómo contestar a mis interrogantes, cerré la puerta de la sala, encendí el aparato de música y coloqué un disco compacto. ¿Cuál otro podría ser sino el *Concierto para violín*? A pesar de haberlo oído y ensayado infinidad de veces, de conocerlo casi de memoria e interpretarlo íntegramente en público hacía unas horas, sentí la misma felicidad de la primera vez que lo escuché, hacía tantos años que ya no recordaba cuándo. Entonces eché un último vistazo al escrito y lo metí en su sobre. ¿No estaría, realmente, enfermando de la mente? Porque no era normal llegar tan tarde a casa y sentarme a oír la misma música que había acabado de tocar. Pero sí, aquello era lo que me pedía el alma; quería escuchar los tres movimientos del *Concierto*, disfrutar con el lirismo de la *canzonetta* y dejarme arrastrar por las vertiginosas puntuaciones de la orquesta. Quería, sobre todo, regresar a mi propia interpretación en el teatro, ver de nuevo el rostro de la mujer en la lumbre de las candilejas y revivir la corta pero intensa charla que mantuve con ella.

Cesó la música y el aparato se detuvo. Mientras, la paz se había ido apoderando poco a poco de mi mente. Tras la paz y el sosiego llegó también el sueño. No obstante, seguí durante un buen rato sentado en el butacón, dejando pasar los minutos y tratando en vano de aclararme un poco las ideas. Por fin decidí dejarlo para la mañana del siguiente día y, con el sobre todavía en la mano, me levanté del asiento y eché un vistazo breve en derredor, buscando un lugar para guardarlo. Ninguno me pareció apropiado, y entré en el dormitorio y lo dejé en una gaveta de la cómoda. Luego pasé por el baño, me despojé de la ropa y me metí en el lecho. Con



todo, estuve aún un tiempo en vela, antes de sentir que el sueño llegaba y me rendía.

Me desperté con los pasos de mi madre, que había entrado en la habitación pisando suave para no molestarme. Mi madre era una persona de costumbres firmes, y aquello formaba parte de su ritual diario. Por la mañana, antes de hacer cualquier otra cosa, se preparaba una tacita de café muy fuerte, que se bebía sentada de medio lado en una silla, junto a la mesa de la cocina. Luego se duchaba, comía algo y se iba para el trabajo. Desde mi regreso a casa hacía unos meses, había introducido una pequeña modificación en su rutina: antes de irse se asomaba para ver si yo dormía. Si me veía despierto, regresaba al instante con una tacita de café. Yo solía tomármelo acostado; luego me quedaba remoloneando entre sábanas y a veces incluso dormía un rato más. Yo había regresado a casa tras un divorcio fulminante y, al parecer, mi madre seguía pensando que necesitaba de sus mimos y cuidados, entre ellos, el del café en la cama. Sabía que me gustaba y trataba de hacerme la vida más agradable con aquel detalle. Creo que, además, se sentía demasiado sola. Desde la muerte de mi padre había comenzado a trabajar en una oficina del Poder Popular, más por mantener la mente ocupada que por el pequeño sueldo que ganaba allí. La oficina estaba cerca de la casa y ella solía ir y venir caminando, entrando y saliendo de los comercios de la calzada. Ese día yo no había podido dormir mucho, y tampoco me sentía descansado, pero decidí no obstante que era hora de levantarme. Con la extraña sensación de que llegaba tarde a algún lugar, abrí los ojos y sonreí a mi madre, que me observaba desde el umbral de la puerta. Ella me dio los buenos días y, volviendo sobre sus pasos, regresó al instante con una tacita de café muy caliente y oloroso.

-¿Dormiste bien? -preguntó y, sin esperar respuesta, añadió:- ¿Cómo te fue anoche?

Mi primer impulso fue hablarle de lo que me había ocurrido en el teatro. Sin embargo, tras pensarlo un instante, cambié de parecer y decidí esperar antes de hacerlo.

-Creo que al público le gustó -afirmé, recordando la imagen de la desconocida-. Aplaudieron muchísimo.

Mi madre fue hasta la ventana y abrió las persianas. Una luz fuerte, de media mañana, inundó la habitación.

-¿Tocas hoy de nuevo?

-No, hoy no. Por cierto, ¿ya te sientes mejor?

-Sí, por suerte. Ya pasó la migraña. Ahora lo que me queda son las preocupaciones.

-¿Por qué preocupaciones, mamá?

-Por todo, hijo. Tú sabes bien lo complicada que es la vida en Cuba. Si tuvieras que administrar una casa te enterarías de algunas cosas que ahora ni te imaginas.

Pensé decirle que yo vivía en Cuba, igual que ella, y que hasta hacía unos meses también debía luchar para salir adelante con mi antigua mujer. Pero ella tenía razón, aquel período de mi vida lo pasé en casa de los padres de mi esposa, que trabajaban en la oficina de una empresa española establecida en La Habana. Y eso ayuda mucho en la economía familiar cubana.

-¿Qué harías si tuvieras mil dólares?

-Ir a la shopping y gastarlos en comida –dijo mi madre sin pensarlo-. Tú sabes que la comida es el problema fundamental en Cuba. Pero eso son fantasías.

-Puede que no.

-Bah –dijo mi madre y tomó la taza que yo le devolvía-, ¿de dónde iba a sacar yo mil dólares?

Sí, mi madre se merecía una alegría en la vida, una alegría de mil dólares.

-De esa gaveta –señalé el mueble donde había colocado el sobre.

-¡No me digas! Te has levantado muy gracioso hoy. Se ve que te quedó bien el Concierto.

-Hablo en serio –repliqué-. Anoche me ocurrió algo raro.

Mi madre detuvo su camino hacia la puerta y se volvió hacia mí.

-¿Algo raro, dices?

Su voz sonaba recelosa.

-Sí, eso dije, raro.

-¿Pero es bueno o malo? ¿Por qué no me lo explicas mejor?

-Estoy tratando de hacerlo, pero no es tan fácil.

Mamá se acercó a la cama y se paró a mi lado. Su mirada se tornó sombría.

-¿Es tan serio el problema?

-No he dicho que sea un problema –dije. Y agregué, señalando hacia la cómoda-: ¿Quieres hacerme el favor de meter la mano en la gaveta y coger lo que hay ahí?

Ella sacó el sobre y me lo mostró un instante para confirmar si de eso se trataba. Después lo abrió, con una mezcla de temor e interés.

-¡Uy! –exclamó al descubrir el billete de banco- ¿Y esto qué es?

-Como ves, un billete de mil dólares.

En lugar de alegría, su miraba reflejaba alarma.

-Sí, ya veo. Pero dime, ¿de quién es ese dinero?

-Es mío. ¿Qué te parece?

Mi madre me observó extrañada. Luego estudió otra vez el sobre. Mientras, la expresión de su rostro iba de la sospecha a la alarma, y de ésta a la incredulidad. Por fin, sin molestarse siquiera en mirar el resto del contenido, dejó el sobre a un lado y se sentó en el borde de la cama.

-No sé qué decirte, hijo –dijo, visiblemente afectada-. Eso es mucho dinero. ¿De dónde lo has sacado?

Le relaté la historia lo mejor que pude, evitando detalles innecesarios sobre la desconocida y callándome tanto el diálogo como el efecto que la mujer había producido en mí. Mamá me escuchaba con atención, sin dejar de apretar el billete en su mano derecha. En varias ocasiones me interrumpió para intercalar comentarios que expresaban escepticismo o desconfianza. Finalmente, oído lo oído, abrió de nuevo el sobre para colocar el dinero en su lugar. Entonces descubrió la hoja escrita, que desplegó y leyó en el acto.

-¿Y esto, Felipe? –preguntó, más alarmada aún. Su rostro se tornó sombrío.

-Es una nota de la mujer que me regaló el dinero.

-Sí, me imagino; pero ¿quién es? ¿Por qué te escribe eso?

-No lo sé.

-¿De verdad que no sabes?

La miré en silencio y me senté a su lado, dispuesto a levantarme. No era extraño que mi madre se disgustara de aquel modo cuando creía verme involucrado en algo

que a ella le parecía incorrecto. Después de haber perdido a mi padre, todo su cariño y su atención parecía concentrarse en la persona del único ser querido que le quedaba, es decir, en mi persona. Yo la comprendía perfectamente y evitaba contrariarla. Trataba incluso de complacerla en lo todo lo posible. De modo que también esa mañana hice un esfuerzo y le expliqué conciliador:

-De veras que no sé. No conozco a esa señora. Es la primera vez que la veo.

Mamá leyó de nuevo la misiva.

-No me gusta esto –dijo entonces, sacudiendo el papel-. Está muy raro todo.

-Eso fue lo que te dije al principio. ¿Recuerdas?

-Sí –respondió ella, pensativa-, es verdad. ¿Y qué piensas hacer?

-No tengo la menor idea.

-Espero que no estés metido en nada malo, Felipe.

-¿Por qué me hablas así, mamá? ¿Alguna vez he hecho algo que esté fuera de la ley?

-No te ofendas, hijo –dijo ella-; pero tendrías que estar de acuerdo conmigo en que nadie le regala a nadie mil dólares así como así. Y menos en un concierto de música clásica. ¿O tú piensas que es normal? Eso para no hablar del papelito de mierda éste.

-Sí –admití yo-. La verdad es que no sé qué pensar de todo esto.

-Yo tampoco; pero está bastante oscuro.

-¿Y si fuera una herencia? –sugerí.

-Nosotros no tenemos ningún pariente rico.

-Nunca se sabe.

-No –dijo ella. Se notaba segura de lo que hablaba-. Yo sí lo sé. Lo nuestro está todo aquí, en este país Y aquí no hay ricos.

-Nunca se sabe, mamá; eso nunca se sabe –insistí.

-Hay otra cosa que me preocupa –dijo mi madre, sin oír mis palabras-. Yo no me atrevo a ir con este billete a comprar en ningún sitio. Primero habría que ver que no sea falso. Luego, un billete de mil dólares siempre despierta sospechas de dinero mal habido. Tú conoces mejor que yo todas esas historias de lavado y cosas de ésas. En fin, no sé cómo ni dónde podremos cambiarlo.

-¿Quieres que me quede con él hasta que averigüe?

-Sí, creo que es mejor.

-Está bien, yo me encargo de eso.

-Sí, es mejor –repitió mi madre, devolviéndome también el sobre y el billete de banco.

-No te preocupes, mamá –la tranquilicé con una sonrisa-. No hay ningún problema.

-De todas formas, ten mucho cuidado, por favor –me advirtió ella todavía-. Si te viera metido en algo malo, creo que me moriría.

Y diciendo esto, se puso en pie y salió del cuarto para marcharse a su trabajo.